
1. ¿Yo campeón?

Octubre 31. No ha dado el mediodía y sospecho que ya es noche de brujas. Vamos todos en una doble fila, escaleras arriba hacia el Salón de Actos. Somos casi doscientos, repartidos en cuatro salones. En el B, que es el mío, soy el cuarenta y nueve de la lista. Es decir, el penúltimo. Sólo que hoy no serán los maestros titulares, sino el director de la secundaria —decimos que es el *Bóxer*, por esa jeta chata de perro asqueado y bravo— quien nos pasará al frente, de uno en uno, para entregarnos El Boletín: esa triste libreta que apenas con dos meses en el segundo año ya habla tan mal de mí. Tampoco va a llamarnos por orden alfabético, si como es la costumbre en estas solemnísimas ocasiones, comenzará por los peores alumnos, de forma que al final los mejores reciban un aplauso. Cuando menos así lo explica él, pero yo estoy tan cerca de saber la verdad que me crece el vacío en el estómago no bien el Bóxer hace su espeluznante entrada y alza la voz delante del rebaño:

—¿Sagrado Corazón de Jesús...?

—En vos confío.

—¿San Juan Bautista de La Salle...?

—Ruega por nosotros.

—¿Viva Jesús en nuestros corazones...?

—Para siempre.

—Sentados.

En momentos como éste, los rezos de rigor suenan como las órdenes al pelotón de fusilamiento. Yo apenas si los oigo, algo me dice ya que mis nervios de punta son los del infeliz que está solo entre paredón y pelotón. Hago cuentas: de las once materias debo de haber tronado cinco, cuando menos. Podrían ser hasta siete, justo los días que faltan para que cumpla los catorce años.

La primera quincena troné una, la segunda tres y la tercera cinco. No sé qué está pasando, nunca antes reprobé tantas materias en tan poco tiempo. Es como si cayera en espiral hacia el fondo de un remolino hambriento. No logro controlarlo, está dentro de mí, me digo de repente y ya sé que de nada serviría inventarme una excusa con esos argumentos. ¡Mamá! ¡Papá! ¡Ya no sé qué me pasa! ¡No soy yo, se los juro! Y lo peor es que es cierto, pero Alicia y Xavier no están para saberlo. Según calculo, éste es el resultado de una caída tan larga que empezó cuando entré a primero de secundaria, hace catorce meses, y no se ha detenido, ni se va a detener si no ocurre un milagro de aquí a mi cumpleaños. Ahora mismo no temo reprobarme seis o siete materias, sino que esa desgracia tenga que suceder a sólo siete días de que el milagro cruce las puertas de mi casa. Un milagro rodante con las llantas de taco, salpicaderas altas y motor Honda a cuatro tiempos de noventa gloriosos centímetros cúbicos.

Es cierto que las motos son emocionantes y a mí me encantaría echar carreras y caballitos con ella, pero lo que yo busco, lo que más me interesa y a nadie se lo puedo confesar, es que esa moto roja me consiga una novia. Si yo tuviera novia, estudiaría con gusto. Pasaría las materias. Soportaría fumarme estas seis horas diarias de mierda tras las bardas malditas del Instiputo Simón Bolívar, un purgatorio sólo para varones divididos en dos grandes manadas: los bravucones y los lambiscones. Unos y otros listos para reírse juntos y contentos a costillas de alumnos como yo, que estoy a unos instantes de formar fila entre la escoria de la escoria escolar y ser oficialmente un inadaptado.

Cuando escucho mi nombre de los labios del Bóxer, es como si me dieran con un marro en la sien. Había contado con ser el sexto, hasta con suerte el décimo de atrás para adelante, no puede ser que me llame primero. ¿Qué está diciendo el Bóxer? ¿Yo? ¿Por qué yo? ¿Cómo yo? ¿Yo tengo once materias reprobadas? Todavía no atino a darme cuenta del efecto que tiene mi cara de sorpresa sobre la multitud, y en especial esa pregunta: ¿Yo? Resuenan ya risas y risotadas y el Bóxer las de-

tiene con una mano en alto, pero no porque haya pensado en rescatarme sino porque es su turno para hacerlos reír.

—¡Felicidades! —alza los brazos, hace una mueca de falsa alegría—. ¡Acabas de romper el récord de esta escuela!

—¡No puede ser, profesor! ¡Tiene que haber una equivocación! —insisto, entre la carcajada general.

—Ahora sí reprobaste de todas, todas. Eres el peor alumno de esta escuela, y de la historia entera de esta escuela —lo está gozando tanto que se levanta: —Por favor, un aplauso para su compañero.

Y aquí están aplaudiendo, los doscientos. Camino tembloroso de mi silla a la mesa del director, perseguido por aplausos y risas. Una vez que me entrega el boletín, recobra su mirada de pocas pulgas y esa nariz de perro huelefeo que hoy me dedica el más sincero de sus ascos. ¿Qué diría el pinche Bóxer si supiera que mi mayor aflicción no es preguntarme cómo pude haber hecho para reprobado Ética, Inglés o Educación Física, ni saber que ahora soy tan famoso que ya ni en el recreo van a dejarme en paz, sino nomás temerme que a mi moto le están saliendo alitas? ¿Me la van a quitar sin habérmela dado, tan siquiera? La hilera se ha hecho larga y culebrea ya por los pasillos del Salón de Actos, una vez que todos los reprobados estamos de pie y comienza don Bóxer con los aplicados: esos alumnos raros que no saben lo que es tronar una materia, ni creen que exista vida más allá de un examen extraordinario. Hace un año, yo era casi uno de ellos. Reprobaba de pronto una materia o dos, no parecía demasiado difícil salvarlas todas en la misma quincena, ni desde luego terminar el semestre sin un solo promedio reprobado.

Aquí, en el Instiputo, ser de los reprobados tiene un precio especial. Además de regaños y castigos en la casa, soporta uno el desprecio de los más aplicados, que en mi caso es la gran mayoría, gracias a un reglamento que da y quita *minutos* al salón. En su oficina, el Bóxer guarda la lista oficial donde están los *minutos* de cada grupo de la secundaria. Si el alumno González no guarda estricta disciplina mientras formamos filas, el Bóxer nos lo anuncia en el megáfono: Diez *minutos* menos a

Tercero B, por González que está platicando. Cuando el salón junta trescientos sesenta *minutos*, tiene derecho a un día de paseo por un horrible club deportivo al que nos llevan en un par de autobuses, lejísimos. Y eso sucedería la semana próxima, sumando los *minutos* obtenidos por cada alumno que se fue sin tronar, pero no va a pasar porque ya el Bóxer saca la cuenta de todas las materias reprobadas y le quita al salón tantos *minutos* que el día de paseo queda otra vez bien lejos. Agradezcan a sus compañeros irregulares que se van a quedar sin salir, siembra cizaña el Bóxer, como esperando que a los reprobados nos queme la vergüenza y andemos quince días con la cabeza gacha y nunca más volvamos a reprobar. Sí, cómo no, pendejo, rujo entre dientes y me encierro en mí mismo para no escuchar más los comentarios. ¿Por mi culpa no vamos a salir? ¿Pues me alegro!, le gusta decir a Alicia, generalmente cuando está enojada, y eso es lo que yo opino en este momento. Me alegro, que se jodan. Para que sigan riéndose de mi desgracia.

¿Qué es lo peor que le puede pasar a quien ya le pasó lo que, según creía él, era lo peor que podía pasarle? Es casi mediodía y ya camino a solas por el patio, como todos los días, sólo que ahora empeñado en dar con un rincón donde no haga reír a nadie más. ¿Creen acaso que porque yo repruebo más que nadie no puedo darme cuenta de cuán pendejos son? ¿Alguien me vio estudiar, tomar algún apunte, atender a una clase o siquiera entregar una tarea? ¿Y si les confesara que el consuelo por ser el peor alumno de esta escuela está en que eso comprueba que no somos iguales? ¿Ah, verdad, putos?

Desaparezco al fondo de la cancha de fut, no nada más porque es el único rincón vacío del Instiputo, también porque detrás está la calle. Y mejor, la avenida. Puedo cerrar los ojos y escaparme un ratito con la imaginación. Me agarro la muñeca derecha con tres dedos de la mano izquierda: se me acelera el pulso siempre que oigo rugir una moto. Pensándolo otra vez, todavía no me pasa lo peor-peor que podía sucederme. ¿O es que seré tan bruto de ir a entregarles a Alicia y Xavier el boletín con todas las materias reprobadas, a una semana de que sea mi cumpleaños?

Ya en el salón, abundan los chistosos. Es como si se hubieran puesto de acuerdo y se turnaran para remedarme. *¿Yo-oooo!?*, exageran y festejan, aun los que tienen cinco y seis reprobadas, pero yo los ignoro porque estoy concentrado en inventarme un plan. ¡De ninguna manera!, me ordeno, imitando de dientes para adentro la gravedad del Bóxer, no voy a permitir que la noticia aterrice en Calle Once número uno antes que esas dos llantas de motocross. Si hasta el Bóxer opina que soy lo peor entre lo peor, qué tanto más abajo puedo caer, me burlo ya de mí, sin afligirme mucho porque a cada minuto me importa menos lo que está aquí pasando. Antes, cuando veía que otros caían en desgracia delante de todos, me preguntaba qué tanto sentirían. ¿Llorarían por días y noches sin final? ¿Estarían temiéndose que sus papás los iban a encerrar en un internado?

No sé bien qué se siente reprobar las once, tal vez porque no acabo de creérmelo, o porque pienso que fue un accidente. Algo que me pasó, no sé por qué ni cómo. Algo que no me importa. No es que no me proponga mejorar, pero yo cómo lo hago si mi cabeza está en otra parte. De niño era posible controlarlo, aunque fuera nomás por el miedo a terminar en un pinche internado. Pero ahora me da igual, o por lo menos ya no siento ese miedo. Quiero decir que ya hace como un año que a mi miedo lo tengo entretenido en otros asuntos. Nunca antes tuve tantos secretos, menos tan vergonzosos. Ser descubierto en uno solo de ellos me da más miedo que reprobar el año. ¿Qué haría en un hospicio? Escaparme, ¿qué más? ¿Pero cómo me escapo de ser el niño mimado, calentón y cursi de Calle Once número uno? Me digo: reprobando once materias, y vuelve la aflicción. ¿Cómo le voy a hacer para evitar que las huellas del Bóxer lleguen hasta mi casa de aquí a una semana?

—Quítale la bocina al teléfono —se acerca a aconsejarme Cagarcía y de paso me dice, en voz bajísima, que él no aplaudió en mi contra y que ese pinche Bóxer va a tener que pagármela.

—¿Y si son dos teléfonos?

—¿Dos extensiones? —piensa, se hace el sabihondo.

—¿Pues tú qué crees, pendejo? A los dos se las quitas y ya.

—¿Y cómo voy a hacer para que no hagan caso cuando oigan ¿bueno?, ¿bueno?, soy el Bóxer, llamo del Instiputo...

—Le quitas el audífono, o lo dejas ahí y aíslas el contacto con periódico. ¿Ya me entendiste? ¡Burro pero mañoso, chingao!

—¿Tú cuántas reprobaste?

—Cinco. No te asustes, campeón. Tu récord no peligra.

—¿Qué te van a decir en tu casa?

—Nada. Yo también voy a operar el teléfono.

—¿Hasta cuándo?

—No sé. Hasta que se me pierda el boletín —sonríe y hace que me gane la risa. Le digo Cagarcía porque es igual que yo: todo le sale mal. Pero sigue sonriendo, como si se esmerara delante de un espejo en plantar esa jeta de diablo vacilón. Pela los ojos, alza las cejas, se rasca la barbilla, me da más risa y me tapo la cara para que no se entere el profesor de Inglés, que es además nuestro titular y lleva todo el día echándome unos ojos de reproche que cualquiera diría que maté a mi mamá y me la comí.

Tampoco Cagarcía le cae bien. Es uno de esos maestros amigables que te dan en la madre sin dejar de sonreír. Un día te pasa al frente a contar chistes, al siguiente vas a la dirección con una doble nota en disciplina. Se apellida De la Peña; Cagarcía y yo le decimos *Melaordeñas*. Es como el jefe de los boy scouts y está siempre rodeado de lambisconcitos. ¿Cómo voy a explicar en mi casa que reprobé hasta Inglés, que es lo único que se supone que sé, si las clases que tomo en el Instiputo apenas pasan de pollito-chicken y gallina-hen? ¿Esperaba el pendejo Melaordeñas que me pusiera a conjugarle verbos por escrito, en presente, de uno en uno? ¿Que copiara en dos tintas sus fucking examples?

Según Cagarcía, todo eso demuestra que Melaordeñas la agarró en mi contra. Pero a ver, digo, ¿quién no va a aprovechar para agarrarla en contra del pinche peor alumno de la escuela? Entreabro el portafolios, meto la mano izquierda y alcanzo el boletín, aunque no deje de mover el brazo para que piensen que sigo buscando. Me asomo y lo abro en la página de las calificaciones. Once números negros entre el cero y el

cinco, encerrados en once círculos rojos. Se me hace que por fin averigüé qué es lo que pasa cuando pasa lo peor. Pasa que no lo crees. No puede ser, te dices. ¿Yo? ¿Cómo yo? ¿Qué tiene de gracioso que el acusado se defienda diciendo que a lo mejor hay una equivocación? ¿Si lo digo en inglés me la dejan en diez reprobadas?

Dan las dos de la tarde y es como si cruzara una frontera. Por más que poquito antes de la hora de la salida Melaordeñas jodiera con que no se les olvide traer mañana el boletín firmado, ¿eh?, y mirara hacia mí justo en ese momento, agarro el portafolios y me lanzo al pasillo sin pensar un instante más en el mañana, porque para mí el día sólo empieza cuando logro salir del Instiputo y cruzo la avenida, ya instalado en un mundo diferente donde todavía soy el que era ayer y voy a cumplir años y sueño en ir volando por las calles de Club de Golf México en una moto roja con las llantas de taco y una guapa en la parte trasera del asiento.

Estoy parado enfrente del Instiputo, llevándome el carajo todavía, pero mi primer mérito como buen mentiroso consiste en esperar a mi mamá con la cara de mustio en su sitio. Ni triste ni contento, sólo despreocupado. Como si en vez de volver fatigado de otra mañana negra en esa escuela ojeta, con mi desgracia oculta en el portafolios, viniera de la playa cargando unos esquís. Veo un trozo del coche y ya la reconozco. Me levanto, correteo a abrir la puerta y cerrarla bien pronto, no sea que a algún idiota se le ocurra gritar un chiste malo sobre mi nuevo récord de once tronadas. Ya adentro la saludo, le doy su beso, suelto el aire y termino de transformarme en yo, ahora que el coche avanza y deja atrás el mundo en blanco y negro del que por hoy no quiero saber más.

Odio esta hora del día, por más que sea gloriosa. No soporto el calor de la calle, ni el coche, ni el camino, ni la estación de radio, ni la sopa que luego me quemará la boca, mientras voy figurándome qué jodidos le voy a inventar a Alicia, hoy que viene de tan bonito humor, si me pregunta por el boletín. No me lo han dado, claro. ¿Una semana entera voy a decir lo mismo? Sólo si me preguntan. De la tarde a la noche, y maña-

na temprano, con Xavier, haré milagros para que el tema de la conversación no se cargue ni un poco hacia la escuela. Llevo años preguntándome cómo pueden creerme cuando les digo que se me olvida entregarles las calificaciones. ¿Será que ellos también se olvidan de eso, o que tampoco quieren acordarse? Por si las moscas, hablo como perico, y de paso me entero de que Alicia va a salir en la tarde. Tengo que ir a Polanco, me comenta y me invita a acompañarla, pero le digo que necesito estudiar porque pasado mañana va a haber examen. Sirve que así la ayudo a convencerse de que las calificaciones no están listas. Según Xavier, eso es matar dos pájaros de una pedrada.

¿Vas a tener examen el día de muertos?, alza las cejas y me mira profundo, pero está jugando. Por fin se le acabó de pasar el coraje por las tronadas de hace quince días. Tengo uno al día siguiente, abro los párpados como un boy scout previsor, y otros dos al siguiente del siguiente. Serán unas tres horas, entre que se va y vuelve. Tiempo más que bastante para experimentar con el teléfono. ¿Bueno, bueno?, ¿quién habla? No se oye, señor Bóxer. ¿Ya se quitó el bozal?

2. Engaño colorido

El engaño es tan grande que no hay manera de entrar en la casa sin acabar topándose con él. Es un engaño caro, además, y puede que ahí empiece la falsedad. Cada vez que hago cuentas, me asombra que el pintor haya cobrado lo que podría costar un coche nuevo a cambio de contar puras mentiras obvias, empezando por ese perro afgano entre apuesto y sarnoso que no termina de parecerse al mío.

¿Ése es Tazi?, preguntan mis amigos o mis primos cuando miran el cuadro y no se explican cómo es que tiene el cuerpo tan pelón, cuando en la realidad es todo melena. Mire, señora, es un perro muy guapo, si lo pongo tal cual se come al niño, nos explicó el pintor alguna vez, y yo lo cuento así para hacerlos reír. Y eso no es todo..., sigo como para que nadie ponga en duda que nada hay de verdad en ese cuadro (y no soy, por lo tanto, el niño bobo que está allí retratado). ¿Qué habría dicho Alicia si un día me hubiera visto echado sobre el pasto con el pantalón blanco? ¿Y si me descubría jugando a la pelota en el jardín con mis zapatos nuevos de gamuza? Claro que eso jamás habría pasado, porque ya ni me acuerdo de la última vez que jugué a la pelota en mi casa. Para pintar el cuadro, hubo que inflar aquel balón viejísimo que dormía en lo más recóndito del clóset. Y en cuanto a lo demás, también es todo falso. En realidad posé sobre mi cama, ya después el pintor se sacó de la manga un árbol y un paisaje de cartón para acabar de colorear el cuento. La única verdad de esa pintura es que el pintor y yo cometimos un fraude. Ese perro con sarna y ese escuincle mamión jamás han existido, que yo sepa.

Me ha costado trabajo desbaratar el cuento que se inventó el pintor y me hace ver como a un niño mimado, tanto

que a veces temo que haga lo que haga nunca voy a acabar de desmentirlo. Odio tener trece años y echar a la basura las mañanas en una escuela donde no hay mujeres. Odio mi bicicleta de panadero. Odio tener vecinas que me gustan (Corina y Mariluchi, por ejemplo, aunque una sea burlona y la otra cursilona) y no atreverme a hablarles ni para decir hola. Odio que mis amigos de la calle me traten todavía como si fuera el escuinclito putito de la pintura. Pero eso es lo que soy, seguramente, aunque ya haya pasado un año y medio desde que estoy pintado junto a Tazi y ya casi no juegue con juguetes y me gusten las niñas más que nunca (y que nada, y que nadie).

La verdad es que todo es diferente, aunque el retrato diga lo contrario. A veces se me ocurre que hace más bien que mal tenerlo ahí. No creo que a mis papás les gustara enterarse de las cosas que ahora le divierten al niño, empezando por el penúltimo cajón de la cómoda. Oficialmente, es el Compartimento de Experimentación. Uno de esas gavetas gigantes donde podrían caber cuarenta pantalones y quedaría espacio para un abrigo, pero en vez de eso está lleno de tubos de ensayo con polvos y substancias, además de matraces, frascos, botes, un microscopio, dos mecheros y la rana en formol que venía con el Juego de Biología. Me había pasado años suplicando que me compraran el Juego de Química y hasta los doce lo conseguí. Ya me lo habrían quitado si supieran que lo uso para preparar pociones mágicas que agujeran la ropa del enemigo y una mezcla de polvo de clorato de potasio con azufre y carbón vegetal que cuando salga bien se llamará pólvora.

Hasta ahora, mis cohetones no han conseguido más que soltar algunas humaredas amarillas, pero ése no es el único material explosivo que tengo en el Compartimento de Experimentación, donde reina el desorden no por casualidad, ni porque soy así, ni porque mi recámara es de por sí una especie de zona de desastre bajo control materno, sino para desanimar a los curiosos. ¿Qué podría perderse a mis padres, y menos todavía a las muchachas, entre tantos frasquitos y frascotes de vidrio? Son mis experimentos secretos, les anuncio, esperando que en esos momentos no me vean a mí, sino al niño del cuadro que

es mimado y bobalicón y juega a ser científico y por supuesto nunca se le ocurriría esconder hasta abajo del cajón toda una colección de hojas y recortes con viejas encueradas.

Fulanito trae viejas encueradas, chismeaba alguien, en sexto de primaria, y uno salía volando a mendigar boleto para la función. Pero ahora es otra cosa. Nadie sabe que tengo una colección, lo último que quisiera en esta vida sería hacerme la fama de caliente. No sé por qué, pero desde hace un tiempo me enamoro seguido y cada día más fuerte: quién va a querer ser novia de un degenerado. Si pudiera elegir, echaría esas fotos a la basura, pero temo que el morbo sea más fuerte que yo. Puedo pasarme horas contemplando sus piernas, revisando pezón por pezón, contándoles los pliegues de la piel, mirándolas torcerse sobre la cama si les digo en secreto mamacita sabrosa, mira cómo me pones.

Cada vez que me da por comprar una revista, el plan me toma toda una semana. Es como una cosquilla que se va haciendo grande, y ese puro quehacer me entretiene bastante para ya no pensar en otra cosa. Podría comprarla al salir de la escuela, poco antes de que llegue por mí Alicia, pero me arriesgo a que alguien me descubra y vaya con el chisme, porque la mía es una escuela de chismosos. El Instiputo, claro. Además, necesito presupuesto. Entre el lunes y el viernes, voy robándome moneditas de la cocina. El sábado en la tarde, cuando Alicia y Xavier se van al cine, me escurro por la puerta que da al campo y salgo dando pasos querendones hacia el centro de Tlalpan, en busca de algún puesto de periódicos donde pueda atreverme a pedir la revista.

De repente me tardo un siglo en decidirme, y una vez que la pido siento que se me quema la cara de vergüenza y el corazón galopa como un elefante. Hojeo la revista en algún callejón, me la escondo debajo del suéter y me escurro de vuelta hacia la casa, esquivando a los veinte o treinta niños que a esas horas están jugando en la calle. Misión cumplida, digo resoplando, igual que un boy scout que recién hizo su buena obra del día, y me encierro en mi cuarto a darle el visto bueno a la compra.

Ya sé que afuera hay niños jugando a la pelota y el sol sigue allá arriba esplendoroso, pero ninguno sabe de la brisa que en momentos como éstos entra por la ventana y me lleva volando a visitar lugares mágicos y secretos donde no cabe un niño de pantalones blancos cargando su pelota recién inflada. Ni modo, sólo queda seguir con el engaño. Nadie sabe quién soy: qué placer. Qué vergüenza. Qué descanso.